

Formas de leer el mundo
en *Poética del voyeur, poética del amor*,
de Maritza M. Buendía

Yamilet Fajardo



Lady Lilith, Dante Gabriel Rossetti, 1868

*Recordando que existen innumerables formas de leer el mundo,
se tiene que el amor es otra de esas maneras...*

MARITZA M. BUENDÍA

SABEMOS QUE EL HOMBRE ES un ser despojado, que desde su creación le ha sido imposible adaptarse a su medio, ser temeroso ante la muerte, a su finitud irremediable y, como diría María Zambrano, impedido a asistir a su propia realidad. Los animales, por ejemplo, mueren, y no se detienen a meditar sobre este hecho. El hombre se oculta bajo diversas máscaras: detrás se encuentra un desconocido que no está del todo vivo, le queda dentro un espacio confuso con el disfraz correcto, dando gritos para que lo curen, desnudándolo. En ese espacio confuso, en ese vacío que el hombre siente y no sabe por qué, se concentra *Poética del voyeur, poética del amor*, un libro que va de la búsqueda al encuentro de las nuevas formas de lo sagrado: “abrazada al texto, comprobé que la necesidad de lo sagrado es una de las características de la naturaleza humana”.

El amor, el erotismo, las formas para acceder a ello. Bajo esta premisa, Buendía se abraza a la lectura de los cuentos de Juan García Ponce y de Inés Arredondo. *Abrazar el texto* implica ya una tarea ardua: “desprovisto del cuerpo de su autor, no queda más remedio que tomar al texto escrito como si de un cuerpo se tratara”.

En *Siete noches*, Borges dice que mientras no abrimos un libro, ese libro (literalmente, geoméricamente) es un volumen, una cosa entre las cosas. Un cadáver también es ya una cosa. Un libro no abierto puede ser un cadáver al que dan vida las palabras. Buendía da vida y dar vida, en este caso, es dar sentido a los cuentos “Retrato”, “El gato” y “Rito” de García Ponce; “Wanda”, “Olga” y “Mariana” de Arredondo. Para ello, adopta el papel no de simple lectora, sino de amante: “Para comprender [...] es necesaria una metamorfosis: de simple lector a lector-*voyeur* y a lector-amante. Lentamente cortejé al texto. Despacio me acerqué a su significado [...] La verdadera magia consiste en transformar el proceso interpretativo en un abrazo. Este libro es fruto de un abrazo”. Surgen así dos modos de leer el mundo: poética del *voyeur* y poética del amor, modelos de una hermenéutica erótica. Erotismo y discurso se concentran en una carga simbólica de la que es necesario develar su sentido, su excedente de sentido.

Volviendo a Zambrano, recordemos que el hombre está impedido para ver: le falta visión ante la vida. En cuanto al erotismo, Buendía ofrece su visión: “el erotismo vive en el mundo, en nuestro día a día, pero la rutina impide apreciarlo a cabalidad”. Los cuentos de García Ponce y de Arredondo toman de la vida el erotismo y, mediante sus relatos, recrean, pervierten la naturaleza de lo erótico y lo equiparan al arte que se vuelca literatura. En *Poética del voyeur, poética del amor* esta idea se desarrolla con tenacidad.

¿Por qué buscar lo nuevo sagrado en la literatura?, ¿cómo se lee el mundo a partir de una hermenéutica erótica? Más todavía, ¿por qué la insistencia por el tema del amor y del erotismo? Lo sagrado, cuando es tocado por la literatura, se convierte en aquello que no se puede decir con palabras. Roberto Calasso, en *La ruina de Kasch*,

escribe: “en su fondo esotérico, el sacrificio sólo puede ceder al relato, que lo vence en la ordalía. El relato es lo esotérico, el secreto del secreto [...] Es el modo de vivir que se revela después de la derrota del sacrificio, que mantiene, sin embargo, el gesto del sacrificio diluido en cada gesto”.

Gesto que deviene desprendimiento, gesto antes que palabra, ese ¡ay! que surge del delirio primero del hombre. Gesto como el grito de Mariana: evocación de muerte, necesidad de vaciamiento. Un grito es “una benigna liberación del alma o de los cuerpos”. Es el grito como cópula, grito ronco que agoniza, silencioso, desvanecido. Grito que se sumerge en la continuidad, así nos enseña Buendía que son los gritos, como el beso de Olga, de quien la autora elabora toda una poética, o una hermenéutica, como vea cada quien las cosas. Un beso más allá del aburrido contacto de los labios: “cuando así se besa se paladea un sabor a muerte [...] el beso es un rito que advierte y amonesta a los amantes [...] aunque los cuerpos no lleguen a fusionarse a través de la cópula, esa fusión se traslada al contacto por medio de las bocas”, la pequeña muerte depositada en un par de labios.

El *voyeur* es un observador, un impasible buscador de belleza, del instante que debe mirar para tatuarlo en la memoria. El cuerpo se mira o se es mirado. *El voyeur*, al contrario del hombre al que le falta visión, ve la vida como un espectáculo que él y su pareja ofrecen, como bien lo advierte la autora en el cuento “Rito” y en “El

gato”. En el primero hay una pareja voyerista, en el segundo un gato, cuyo fin es alterar la relación amorosa de los personajes.

El anhelo del *voyeur* es invocar lo sagrado por medio de la pasión de los cuerpos. Es la violencia del mirar, pero ¿qué tan dispuesto está el hombre de observar la belleza?, ¿qué tan capaz es de expresar aquello que ha visto? Recordemos la frase de Diana a Acteón: “Ahora ve a contar que me has visto sin velo; si puedes hacerlo, yo consiento”. Al menos, el *voyeur* que proyecta Buendía no puede vivir como si la belleza no existiera. La apuesta se dirige a metamorfosear al lector en el *voyeur* solitario de la obra, al lector-*voyeur*, curioso frente al texto. Tanto el amor como el erotismo nos ayudan a comprender el ser oculto bajo las máscaras. “Diálogo con la literatura para entender cómo amamos, cómo concebimos el erotismo, para entender que aquello que nos sobrepasa se ubica ya en terrenos no lingüísticos y que poco o nada podemos hacer ante ello”.

En *Poética del voyeur, poética del amor*, Maritza M. Buendía confirma la búsqueda de su literatura como crítica y narradora. Más que ello, este libro esclarece el recurrente encuentro que tiene la autora con lo Erótico, es un claro para lograr el completo entendimiento de su escritura. Así, lo sagrado sólo cambia de nombre: “Sustituyo el nombre de Dios por el de erotismo y amor”. Apoyo sin duda semejante afirmación: el hombre necesita creer en algo divino, y eso muy bien puede llamarse amor. ■



Maritza M. Buendía
Poética del voyeur, poética del amor.
Juan García Ponce e Inés Arredondo
México, CONACULTA/UAM/Gobierno
del Estado de Durango
2013, p. 181